

VILLAVERDE, M.<sup>a</sup> J. y LÓPEZ SASTRE, G. (eds.). *Civilizados y salvajes*. Madrid: CEPC, 2015., 303 pp.

Este libro colectivo, editado por María José Villaverde y Gerardo López Sastre, lleva como subtítulo *La mirada de los ilustrados sobre el mundo no europeo*. Contiene una introducción de los editores y trece capítulos más sobre diversos temas relacionados con la cuestión central: cómo los ilustrados europeos veían a los pueblos y culturas de otros continentes, particularmente a los indios y negros de las colonias americanas; al mismo tiempo esta visión sirve para poner a prueba la veracidad o no de los autoproclamados ideales ilustrados, que afirmaban la libertad e igualdad de todos los hombres.

La globalización actual es un proceso que se inicia con el descubrimiento de América y los viajes a Asia por parte de las potencias europeas. Fermín del Pino nos recuerda en el capítulo 7 la famosa sentencia de Adam Smith, afirmando que «el descubrimiento de América y el acceso a las Indias Orientales... son los eventos más importantes registrados en la historia de la humanidad» (p. 160). Pero este proceso, que ha convertido el planeta en la casa común de la especie humana y ha creado la sociedad mundial, unida por lazos económicos, políticos, científicos y tecnológicos cada vez más estrechos, está todavía dando sus primeros pasos en el plano del pensamiento. Decía Hegel que la filosofía llega siempre al atardecer, como el búho de Minerva. Y este proceso de pensar como especie desde la pluralidad, desde todos los puntos de vista posibles, diversos y contrapuestos

de la comunidad humana, que por otro lado es ya de hecho una comunidad mundial, es el último que se ha iniciado y en el que hoy se halla embarcada la humanidad. Heidegger afirmaba en 1964 que la filosofía en su forma metafísica estaba ya al final de su existencia, estaba acabada, porque las ciencias y la tecnología habían ocupado su lugar. Por eso se abría ahora una nueva etapa del pensamiento, «el inicio de la civilización mundial, basada en el pensamiento europeo occidental». Pero en esta nueva etapa el pensamiento humano debía adoptar nuevas formas y tareas radicalmente nuevas que están aún por determinar (cfr. Heidegger, «La fin de la philosophie et la tâche de la pensée», en *Kierkegaard vivant*, Gallimard, Paris, 1966, p. 180). Esta tarea de un pensamiento mundial plural, la última que le queda a la globalización, fue iniciada, con múltiples contradicciones y paradojas, avances y retrocesos, por el movimiento ilustrado. Una parte de esa historia es la que se nos narra en este libro.

En la Introducción del libro los editores hacen referencia a la primera época en que se planteó la diferencia entre civilizados y bárbaros. Los griegos inventaron el término «bárbaro» (extranjero) y afirmaron su superioridad intelectual sobre el mundo oriental, en especial los persas, que desde otros puntos de vista, como la técnica, el lujo y las costumbres, estaban quizás igual o más desarrollados que los griegos. Pero Alejandro logró la helenización del mundo oriental con sus conquistas. Los romanos inventaron la palabra «civitas», componente siglos más tarde del término «civilización». Y

Trajano, también con sus conquistas en Asia, resaltaría la superioridad de Europa. Todo ello contribuyó a destacar el papel que se autoasignó Europa como centro de civilización frente al Oriente despótico. En el siglo XVIII el marqués de Mirabeau acuñaría el término «*civilisation*» para señalar el refinamiento de las costumbres y del buen gusto propio de las ciudades y de las capas ilustradas. Así se forja un vínculo de significado entre civilización e ilustración, que se consolida a partir de esta época (p. 11).

El movimiento ilustrado, basándose en la amplia literatura de viajes de los dos siglos anteriores, establece una diferenciación entre civilizados, por un lado, y salvajes y bárbaros por otro. Para Montesquieu, los salvajes estarían en un estadio de desarrollo más primitivo, serían cazadores y formarían «pequeñas naciones dispersas»; los bárbaros serían pastores semi-nómadas, a veces conquistadores, capaces de formar federaciones; y los pueblos civilizados, más desarrollados, formarían comunidades políticas (p. 12). De Jaucourt se hace eco de estos conceptos en la voz «Salvajes» de la *Enciclopedia*. Sin embargo, muchos autores no encuentran diferencias apreciables entre los términos *salvaje* y *bárbaro*, entre ellos muchos ilustrados, los autores españoles de fines del XVIII (ver Laursen, p. 138, nota 1) y autores del siglo XIX, como J. Stuart Mill. La mayor parte de los capítulos de este libro se dedican a estudiar la visión de los ilustrados y de algunos románticos sobre los pueblos salvajes y bárbaros. Pero hay algunas referencias también a otras civilizaciones no europeas que no caen bajo el concepto

de barbarie, entre las cuales destaca el caso de la India.

Entre los autores de la Ilustración había dos posiciones sobre estos grupos humanos (negros e indios de las colonias americanas) con una gran variedad de matices intermedios: 1) Unos, aun reconociendo en teoría la libertad e igualdad de todos los hombres, defendían en la práctica que estos colectivos no tenían tales derechos y, en cambio, se les podía colonizar e incluso mantenerlos en la esclavitud, utilizando diversos argumentos: la economía, la moral, la religión, las diferencias biológicas e intelectuales, el atraso cultural, etc. 2) Otros, manteniendo los principios de libertad e igualdad y los derechos humanos, les atribuían iguales derechos en la teoría y condenaban la esclavitud y el colonialismo, aunque en la práctica a veces proponían un lapso de tiempo más o menos largo para llevar a cabo estas medidas.

María José Villaverde destaca en el primer capítulo las paradojas en que incurrieron muchos ilustrados, defendiendo la igualdad de todos los hombres, pero justificando al mismo tiempo el racismo. Hobbes y Locke defendieron el colonialismo y la necesidad de emplear a los hombres fuertes en el trabajo, incluso por la fuerza. Hume y Kant consideraban que los negros eran inferiores y no tenían capacidades intelectuales. Raynal rechazaba la esclavitud como contraria a la ley natural, pero reconocía sus ventajas para Francia. Más o menos como Montesquieu. Condorcet, contrario a la esclavitud, sin embargo la consideraba como un «defecto temporal». Rousseau no se pronuncia y Diderot fue quizás el más claro en

su oposición al colonialismo y a la esclavitud. La inferioridad de los negros y los indios se justificaba por motivos religiosos e intelectuales, pero también raciales. De hecho, el término «raza» lo acuñó Buffon. De ahí surgieron las escuelas monogenista y poligenista y más tarde, en el siglo XIX, se formarían las teorías racistas como la de Gobineau (p. 40). Los ilustrados también se plantearon si, a pesar del progreso, los civilizados no serían menos felices que los salvajes. Esta es la línea que desde el final de las Luces lleva luego al romanticismo, desde Rousseau a Bernardin de Saint Pierre y otros autores, que también se estudian en este libro.

En el capítulo 3 Francisco Castilla estudia con detalle el caso de Locke. El padre del liberalismo, el defensor de la libertad e igualdad de todos los hombres y de los derechos naturales del individuo reconocidos por la ley natural, fue, sin embargo, en la teoría un defensor a ultranza de la propiedad privada, única fuente para él de todos los derechos. Incluso en su teoría liberal los no propietarios de tierra y los trabajadores no productivos, como los indios americanos, no podían tener derechos. Y en la práctica mantenía estrechos lazos con los colonos americanos, pues su jefe Lord Ashley era dueño de tierras en Carolina y nombró a Locke Secretario de los lores propietarios. Este y otros cargos en relación con el comercio y las colonias le hicieron reforzar su posición en defensa del colonialismo, la apropiación legítima por los colonos de las tierras de los indios y la explotación de la mano de obra, considerando que los indios no saben trabajar ni adquirir propiedades

con el trabajo. A Locke se le atribuye la redacción de una constitución para Carolina en un marco jurídico favorable a la colonización.

Por otra parte, desde el punto de vista ilustrado se ha celebrado mucho la Constitución de los Estados Unidos, cuyo ideólogo principal fue Thomas Jefferson. Jaime de Salas analiza en el capítulo 4 el pensamiento y la práctica política de Jefferson, a quien en principio se le considera un ilustrado, pero con las contradicciones propias de su época. Jefferson defiende la independencia, libertad e igualdad de los colonos ahora en un nuevo Estado, pero no extiende estos mismos derechos a la población de indígenas y negros en su territorio. Las ideas ilustradas –dice J. de Salas– influyen en su práctica política, pero manteniendo siempre el *statu quo* de los antiguos colonos, mientras las circunstancias no obligasen a cambiarlo (p. 98). Él consideraba que los indios se hallaban en un estadio inferior, dedicados a la caza y a la guerra, mientras las sociedades avanzadas se dedicaban a la agricultura y al comercio. Por ello propugnaba la buena vecindad con los indios, sin cesar de ir adquiriendo sus tierras, y tratar de integrarlos en la nueva sociedad; pero al dejar la política activa pensó que lo mejor era la deportación. En cuanto a los negros, había consenso en que la esclavitud violaba los principios de la Constitución y de la Declaración de Independencia, pero la realidad económica y las presiones de los Estados del Sur impedían su abolición. Por otro lado, Jefferson consideraba que los negros debían ser libres, pero era imposible integrarlos en la nueva República, porque «las dos

razas, igualmente libres, no pueden vivir bajo el mismo gobierno»; así que la solución era deportarlos (p. 107). Jefferson es la prueba viva de que las ideas ilustradas eran irrealizables plenamente en la práctica sin atentar contra el *statu quo* y la estructura económico-política de la época.

Algo parecido ocurre con Turgot (cap. 9). Paloma de la Nuez destaca como central en su pensamiento la idea de progreso, que lleva como consecuencia la división de la historia de la humanidad en fases o estadios de desarrollo. Los pueblos salvajes y bárbaros estarían todavía en las dos primeras fases, las de los cazadores y pastores, mientras los civilizados, partiendo de la agricultura, habrían evolucionado hacia la actividad comercial y empresarial capitalista, que divide a la sociedad entre empresarios y trabajadores y que es la fase civilizada propiamente dicha (pág. 202). Turgot también considera otras civilizaciones que se han estancado, como la china y la turca (a estos incluso los considera bárbaros). Por tanto, aunque reconoce que todos los hombres son iguales, la fase de desarrollo en la que se encuentran determina una cierta desigualdad sobrevenida entre los pueblos; ello explicaría la existencia de la esclavitud y la opresión de las mujeres en los estadios más atrasados. Lo positivo de su visión es que el progreso determinaría al final la igualdad de todos en un estado de civilización superior, del cual Francia sería un buen ejemplo (p. 212).

En la segunda posición, la que sostenía la igualdad de todos los hombres, se sitúan los pensadores de la Ilustración radical. Según Jonathan

Israel (cap. 2), el movimiento que abogaba por la integración de los pueblos colonizados, como libres e iguales, en las metrópolis, y por la emancipación de los negros, «constituye un fenómeno histórico propiamente francés» desarrollado entre 1770 y 1790, al que se sumarían después algunos autores radicales angloamericanos, como Paine, Godwin, Bentham, etc. (p. 53). Los ilustrados radicales franceses, Diderot, D'Holbach, Raynal, Helvétius, Condorcet, Brissot, entre otros, fueron los verdaderos inventores de los derechos humanos universales, que atribuían la libertad y demás derechos naturales a todos los hombres, sin distinción de su estado social de atraso o desarrollo, en contra de lo que opinaba Hobbes y siguiendo las ideas de Spinoza. El punto de partida teórico de la Declaración de Derechos estuvo en la famosa obra de Raynal, Diderot, etc., *Histoire philosophique des Deux Indes* (1770), y se difundió verticalmente en escritos y panfletos, apoyada por asociaciones como la *Société des Amis des Noirs*. Israel defiende esta tesis vertical frente a la tesis cultural que habla de un proceso lento de maduración de los derechos universales desde antes de 1770 (pp. 70-71).

Como no es posible resumir en breve espacio toda la riqueza y la amplitud de información e ideas que aporta esta obra, haremos solo una mención del resto de contenidos. En el capítulo 10 Rolando Minuti analiza la obra de J.-N. Dêmeunier, *L'Esprit des usages et coutumes des différents peuples* (1776), una amplia indagación etnográfica e histórica del proceso civilizatorio en diferentes regiones de la tierra. En el capítulo 5 Julio Seoane traza un

paralelismo interesante entre los habitantes de los Highlands de Escocia, que participaron como soldados en la guerra de los Siete Años en Norteamérica, y los indios americanos, que los consideraban muy semejantes a ellos por su carácter y modo de vida.

En el capítulo 6 John Christian Laursen investiga un tipo de relación distinto, no colonialista, entre europeos e indios americanos, describiendo los encuentros pacíficos que mantuvieron los exploradores españoles con los indígenas en la costa del Pacífico, desde California hasta Alaska, detallando además cómo los encuentros que se producían a veces de carácter violento terminaban siendo olvidados conscientemente por ambas partes, en un gesto de convivencia esporádica basada en el «olvido político». Sin embargo, la comparación que hace con la cuestión actual de la memoria histórica y el pacto del olvido de la Guerra Civil española requeriría algunas matizaciones (p. 154).

En el capítulo 7 Fermín del Pino destaca la contribución importante que hicieron los jesuitas españoles a la idea de civilización y salvajismo en la época ilustrada, debido a dos factores: La presencia de la Compañía en las misiones de todos los continentes y regiones del mundo en las que estaban presentes las monarquías católicas (España, Portugal y Francia) y su responsabilidad en la dirección de centros académicos como el Colegio Imperial de Madrid, la Académie des Sciences de París y la Universidad de Coimbra. El autor analiza especialmente la obra de Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México* (1780-1781).

Gerardo López Sastre, en el capítulo 8, analiza la obra de William Robertson sobre la India (*Una Disquisición histórica...*), aparecida en 1791, donde este clérigo escocés ilustrado describe con todo detalle la historia, política, leyes, costumbres, artes, ciencias e instituciones religiosas de los indios, tal y como eran conocidas por los antiguos y, por tanto, antes de su redescubrimiento por los europeos en la época moderna. Su visión y su valoración positiva de la cultura india como país civilizado sienta un precedente para el romanticismo en plena época de la Ilustración.

Francisco Martínez Mesa desarrolla precisamente, en el capítulo 11, la visión prerromántica de Bernardin de Saint-Pierre sobre el mundo salvaje y sus relaciones con el mundo civilizado en la historia de *Pablo y Virginia* (1788), la comparación de costumbres, moralidad, cultura y sentimientos, describiendo el entorno natural en el que habitan estos pueblos y cómo desarrollan su vida en el mismo tanto los nativos como los colonos y sus familias, con resultados a veces dramáticos.

Cinta Canterla, en el capítulo 12, profundiza en la crítica de los prerrománticos Hamann y Herder a algunos aspectos del racionalismo ilustrado y a los ideales educativos de la nobleza alemana: «Los dos –dice Canterla– denunciaron por igual las contradicciones de la razón ilustrada y su connivencia con los monopolios del saber y del poder». Por otro lado, a los conceptos franceses de *civilisation* y *civilité* opusieron los conceptos alemanes de *Kultur* y *Bildung*, respectivamente.

También denunciaron el colonialismo europeo (p. 274).

Y para terminar, María Luisa Sánchez-Mejía, en el capítulo 13, extiende su mirada del debate ilustrado sobre libertad e igualdad hacia el siglo siguiente, donde se produce una transformación: el liberalismo ilustrado convive en el siglo XIX con el colonialismo y el imperialismo europeo en lo que es aparentemente una gran paradoja. Analiza el pensamiento de Tocqueville, defendiendo el colonialismo en Argelia, y el de Burke criticando el imperialismo en la India, así como la posición universalizante, o sea, favorable al imperio británico, de James Mill en su *A History of British India* (pp. 292-293).

En síntesis, este libro presenta un panorama rico, variado y profundo de lo que pensaban los escritores de la Ilustración y algunos románticos sobre los pueblos no europeos que estaban sometidos política y económicamente a sus metrópolis, y cómo los ideales de libertad e igualdad que pregonaban estos mismos ilustrados fueron puestos a prueba y en muchos casos incumplidos respecto de los individuos y pueblos colonizados. Pero al menos el conocimiento de los mismos sirvió para avanzar en el diálogo y la asunción de puntos de vista diferentes, iniciando así, aunque muy lentamente, el camino de un pensamiento globalizado.

José López Hernández